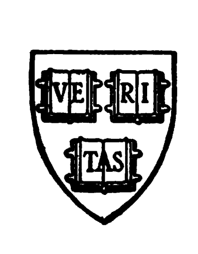

VE RI
TAS

INTERPRETACIONES DEL QUIJOTE

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ M.ª ASENSIO Y TOLEDO

EL DIA 29 DE MAYO DE 1904



MADRID
IMPRENTA ALEMANA
ESPÍRITU SANTO, 18
1904

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ M.ª ASENSIO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Con verdadera emoción y al cabo de una vida ya muy larga, dedicada en su mayor parte á modestos trabajos literarios, tengo la honra de presentarme ante vosotros, no sólo por cumplir un precepto reglamentario, sino á expresaros públicamente mi profunda gratitud y á pediros una vez más que dispenséis mi atrevimiento al poner los ojos en la preciadísima distinción que con tanta benevolencia me habéis concedido. Merecemos disculpa, á mi juicio, los muchos que incurrimos en la osadía de aspirar á las vacantes de esta Real Academia Española, pues harto motivo de atenuación ofrecen, de una parte, la magnitud de la recompensa; de otra, el natural deseo de obtener los votos de tantos preclaros varones, tomando puesto en su compañía, siquiera se haya de figurar el último entre todos. El ocupar uno de estos sillones; el figurar inscrito en las listas de tan ilustre Corporación, en las cuales han aparecido los nombres de los más insignes escritores de los dos últimos siglos, constituye en la milicia literaria tan alta dignidad, que vemos afanarse tras de ella á cuantos rinden tributo á los esfuerzos de la inteligencia, á todos los que cultivan las letras, las artes y las ciencias..... El agradecimiento del que como yo, con tan escasos títulos y tan pobre bagaje logra al fin alcanzar el apenas soñado triunfo, no puede tener límites..... Dignáos, señores académicos, aceptar benignos los homenajes que mis palabras no aciertan á reflejar en este momento.

No hace todavía muchos meses tenía asiento en esta Real Academia un ilustre sabio, cuya pérdida lloramos todos, en España y fuera de ella: D. Miguel Colmeiro. Nacido en Santiago de Compostela en los comienzos del siglo XIX; estudiante notable en

aquella célebre Universidad y en la de la Corte; Catedrático muy pronto distinguido y respetado de las de Barcelona y de Sevilla y de la Central; Rector de esta última Universidad, Académico, publicista, hombre de ciencia, honor de su patria, en una palabra, el Sr. Colmeiro, dejó en todas partes luminosas huellas de su paso, de su talento y de su cultura.

Consagrado principalmente, en los dilatados años de su existencia, al estudio de las ciencias naturales, llegó á hacerse un botánico de fama universal, y fué de ver cómo los sabios de todas las naciones consultaban y apreciaban sus opiniones, extendiendo la reputación de Colmeiro por toda Europa, por todo el mundo civilizado; que en todas partes se respetaba y se respeta la autoridad de su nombre y de sus juicios.

En vuestra memoria están, sin duda alguna, los títulos de las obras principales del docto profesor; de los opúsculos, de los ensayos de verdadero mérito que dió á la estampa y que coronó con el trabajo magno, premiado en público concurso de la Biblioteca Nacional, *La Botánica y los Botánicos de la Península Ibérica*, y con el no menos notable *Enumeración y revisión de las plantas de la Península Hispano-Lusitana é Islas Baleares.*—Recordaréis igualmente sus triunfos en el Congreso científico de Lucca, en Italia, en el año de 1843, al cual llevó honrosa representación.

Nada nuevo podría yo deciros acerca de los merecimientos de tan egregio Académico, al venir modestamente á ocupar su puesto en esta ilustre Corporación.—Digno fué por todos conceptos de más detenido, completo y solemne homenaje, pero aquí quede consagrado este sencillo recuerdo á su honrada memoria.

Perplejo por no acertar con asunto interesante y digno de ser presentado á esta Real Academia, y habiendo desechado más de uno por no considerarlos de importancia bastante para fijar la atención en tan solemne momento, volví al estudio de la labor científica de D. Miguel Colmeiro, llevado del deseo de unir de algún modo mi obscuro nombre al de mi ilustre antecesor, cuando hube de recordar uno de sus últimos trabajos, didáctico y ameno al mismo tiempo, y que me llevaba y me lleva como de la mano al centro de mis aficiones predilectas: me refiero á la *Noticia sucinta de los animales y plantas que mencionó Cervantes en el Quijote, con nociones históricas acerca del chocolate, café y*

te, cuyo uso no conoció el Ingenioso Hidalgo; folleto dado á la estampa en Madrid el año 1895.

El encontrar al sabio Colmeiro cervantista y dedicando una parte de sus vigilias á tan agradable tarea, desvaneció por completo un cierto escrúpulo que anteriormente me había hecho abandonar más de una vez el pensamiento que desde el día de mi elección me dominara: el de ocuparme de nuevo de asuntos relacionados con la obra inmortal de nuestro gran Cervantes.

Temía, en verdad, que pudiera caer en censura y ser acusado de manosear con exceso las creaciones del Genio; pero el ejemplo de Colmeiro me prestó aliento y contribuyó á decidirme con un argumento de otra índole: nunca podrá parecer extraño, ni ser objeto de crítica, que un literato, un aficionado á las letras españolas, demuestre en cualquiera ocasión y en todo momento, su admiración y su entusiasmo por Cervantes y sus obras; como no parece extraño ni criticable, que quien tiene la fortuna de poseer un objeto artístico de valor y mérito inestimables, una alhaja única en su clase, de extraordinaria hermosura y de inmenso atractivo, haga ostentación de ella con la mayor frecuencia y la presente con orgullo en los actos de más solemnidad. Sirva esto de disculpa á mi atrevimiento al volver á tratar ante tan ilustrada Corporación y tan escogido auditorio de la obra literaria que constituye la más grande y más legítima gloria de España; del libro admirable alabado por todos los pueblos cultos y leído constantemente en todas las lenguas.

Además, el momento es propicio. Las polémicas apasionadas á que dieron motivo los elogios tributados al *Quijote* y á su autor por los ingenios más distinguidos y famosos de todos los países, con verdaderos alardes de imaginación, parecían desde algún tiempo calmadas, cuando vuelven á cobrar actualidad sobre algunos puntos; porque la antigua escuela de los comentadores, la que pretendía encontrar doctrina esotérica, sentido oculto en cada una de las aventuras de *El Ingenioso Hidalgo,* alusiones á personajes históricos en cuantos figuran en la inmortal novela, se presenta con mayores bríos y bajo nuevo aspecto.

Me propongo, pues, tratar en este breve discurso de las principales interpretaciones que en diferentes sentidos y en diversas épocas se ha pretendido dar al *Quijote.*

Y verdaderamente no es novedad. Desde el momento mismo de su primera aparición, y aun antes de que saliera á luz, de lo cual se ha tratado ya muchas veces, hubo personas, algunas de ellas de gran celebridad, que sospecharon que en la fábula de *El Ingenioso Hidalgo* se ocultaba intención política; que en sus figuras había alusiones á otras muy significadas en los centros cortesanos, y aunque la misma vaguedad y variedad de las conjeturas dejaran comprender lo que les faltaba de fundamento, tuvieron por resultado inmediato llamar la atención pública hacia el libro, le hicieron más popular, y de ahí el que se multiplicaran desde un principio las ediciones.

Sin embargo; no se sospechaban por entonces profundas teorías filosóficas mal encubiertas en la obra, ni ataques más ó menos embozados á las instituciones, ni problemas de reforma religiosa ó social, limitándose la malicia á indicar alusiones personales; bien analogías y rasgos satíricos contra algunos conocidos magnates, bien hablillas de la Corte, murmuraciones y cuentos, con el objeto de que recayeran en befa y menosprecio de los gobernantes.

De todas ellas, las más extendidas y las que tuvieron más crédito, según por tradición han llegado hasta nosotros, fueron las que se referían al Emperador Carlos V y al Duque de Lerma, valido de Felipe III: aquéllas buscando fundamento en el *famoso escrutinio* de la librería de Don Quijote, en la aventura de los leones y, sobre todo, en el epitafio de la sepultura del *Caballero*, que dice:

Yace aquí el hidalgo fuerte
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con la muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
Fué el espantajo y el coco
Del mundo, en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura
Morir cuerdo y vivir loco;

éstas, las que se creyeron contra Lerma, apoyándose en las décimas de *Urganda la desconocida,* que aparecen al principio del libro.

Hoy no merecen ya gran atención ni éstas ni aquéllas; pero en uno ú otro sentido, algunos con gran extensión, y todos sin negarles importancia, se han ocupado de tales conjeturas: Ríos y Pellicer; Clemencín y Navarrete; Hartzembusch, Fernández Guerra, la Barrera, Castro, Tubino y, por no citar más, la generalidad de los que han escrito sobre la obra magna de Cervantes.

Ellas fueron también uno de los fundamentos de la patraña del *Buscapié*, sospechado por unos, contrahecho por otros, siempre falso, y que aunque dió ocasión á interesantes polémicas, no tuvo nunca crédito, porque no podía tenerlo; puesto que á pesar de haberse anunciado en las primeras noticias el supuesto *Buscapié* como verdadera clave para la inteligencia del sentido oculto del *Quijote*, en el publicado por D. Adolfo de Castro no se hallará nada que á ello se parezca, habiéndole hecho perder toda trascendencia las impugnaciones de Gallardo, Ticknor, La Barrera y Hartzembusch.

Pero abierta la puerta á las interpretaciones, ya no han tenido límite, y, siguiendo caminos muy diferentes, se ha lanzado la imaginación de los cervantistas á campos diversos, todos de grandes pretensiones, aun cuando, en mi sentir, todos igualmente sin fundamento.

Han producido, sin embargo, como ya indicaba, un favorable resultado esas tentativas: el de estimular la curiosidad de los lectores y propalar y difundir la lectura del libro inmortal; y, consecuencia natural y lógica: aumentada la popularidad del *Quijote* no han faltado entre sus admiradores algunos nuevos que, en el terreno de las conjeturas, dieran tono á la época presente de comentadores.

Con galana imaginación y estilo muy agradable, fué D. Nicolás Díaz de Benjumea, el primero que dejó volar la fantasía por rumbos nuevos en esta materia, en los que llamó "Comentarios filosóficos del Quijote" ("La América", 1859), y encareciendo los altísimos méritos del libro, consignó "que carece hasta el día de un formal comentario *de su espíritu*, en medio de tantos como se han hecho de su letra".—Y después de muchas generalidades, que no otra cosa eran, aunque habilmente expuestas, concluía así: "El querer evitar las revoluciones con la fuerza, el querer dominar en las conciencias con las piras, cae directamente bajo la sá-

tira de Cervantes que por esto y sólo por esto llamó á su héroe el *Ingenioso*, pues en verdad *ingeniosa* por extremo fué la manera de que se valió para flagelar todas las preocupaciones, errores, extravagancias, flaquezas y debilidades del linaje humano„.

A muchos admiró la originalidad de aquellos primeros trabajos de Benjumea, subiendo de punto la admiración al publicarse *La Estafeta de Urganda* (Londres, 1861), por estar escrita con indudable y no común ingenio; pero ello no obstante, pudo desde entonces comprenderse que no seguía el comentarista un pensamiento fundamental en el comentario, puesto que abandona muy luego sus primitivos y más generales puntos de vista, para venir á relacionar muchas aventuras del *Quijote* con sucesos de la vida de Cervantes, á cuyas numerosas desventuras encuentra explicación en aquel, y origen en *negocios particulares* entre el gran escritor y su adversario el Doctor Juan Blanco de Paz, "negocios que, por la fatalidad de la época, tuvieron larga corriente, y no le abandonaron hasta el sepulcro„.

Con *La Estafeta de Urganda* acreció en gran manera la popularidad de Benjumea; se trabaron polémicas en que tomaron parte muchos célebres literatos, entre ellos los ilustres miembros de esta Real Academia Sres. D. Juan Eugenio Hartzembusch, de imperecedera memoria, y D. Juan Valera, honor de las letras españolas, y llegó el comentarista á su período de mayor apogeo, aunque bien pronto fué perdiendo aquella popularidad que con sus primeros trabajos alcanzara, porque dió á la imprenta varios folletos, como *El Correo de Alquife* (Barcelona, 1866), y *El Mensaje de Merlin* (Londres, 1875), que vinieron á poner de manifiesto que no tenía base alguna en sus comentarios, ni le guiaba tal pensamiento filosófico en la interpretación; y que cambiaba de ideas con el único propósito fijo de distraer la atención de los lectores, presentándoles novedades y haciendo gala de ingenio; hasta que, por último, años después, en el libro que tituló *La Verdad sobre el Quijote* (Madrid, 1878), desentendiéndose de todas sus anteriores disquisiciones, pero generalizando algo que había iniciado en *La Estafeta de Urganda*, ofrece el tema de que el protagonista de la celebérrima obra es el mismo Cervantes, siempre guíado por nobles pensamientos, siempre en lucha con la escasez de sus medios y con la mala voluntad de poderosos enemigos.

Estas interpretaciones de Benjumea eran hijas de la imaginación, puramente arbitrarias. Juzgándolas el estudioso comentador

que le siguió, D. Emilio Pí y Molist, al quitarles toda importancia en un juicio muy meditado, escribe que aquél "se forja una teoría sobre el delirio de *Don Quijote*, en la que gallardea el sentido estético y la presunción de hallar el recóndito de todo pensamiento de Cervantes, aun del más claro, sencillo, trivial y menos necesitado de explicación ó comentario; y que la Psicología patológica en que pretende apoyar aserciones que más bien parece traer aparejadas y resueltas de antemano, es suya exclusivamente y en balde se la buscará en los libros, ni se preguntará por ella á la experiencia, pues de puro sutil se pierde de vista".

Este Sr. Pí y Molist, distinguido médico alienista, no hizo una verdadera interpretación en el sentido de las que voy enumerando, aunque él mismo se llama intérprete; consagró sus estudios á un comentario científico sobre la locura de *Don Quijote* y la perfección con que Cervantes había logrado pintarla. Ya le precedieron escribiendo sobre el mismo tema, D. Antonio Hernández Morejón (1835), y Mr. E. Louveau (1876); pero el Sr. Pí, en trabajo más profundo y extenso se decidió á poner por obra, copio sus palabras, "un ensayo de interpretación ó comentario médico-psicológico de *Don Quijote*", y en su libro *Primores del Don Quijote* (Barcelona, 1886), dió á conocer, efectivamente, el comentario más juicioso, más instructivo y más útil de cuantos hasta hoy se han escrito. "Declarado queda, dice el autor, que aludo á locura, que es el accidente necesario y el carácter específico de la invención, pues lo que fué *Don Quijote* lo fué por loco; por loco hizo lo que hizo; y su historia, sólo por serlo de un loco, produjo el inmenso bien literario y aun social que todos sabemos".

Varios años pasaron hasta que un escritor americano, don Adolfo Saldías, en su libro *Cervantes y el Quijote* (Buenos Aires, 1893), emprendió nuevo examen de *El Ingenioso Hidalgo*, desde un punto de vista semejante á alguno de los sostenidos por don Nicolás Díaz de Benjumea. Por resultado de sus estudios obtiene la convicción de que aquel comentador no había llegado á apreciar la verdadera transcendencia, el alcance profundo del pensamiento de Cervantes, y juzga que el inmortal escritor fué un demócrata convencido.....; "así, para desenvolver sus ideas bajo una de sus fases principales, hizo caso omiso de las reglas y de los preceptos, y al lado de *Don Quijote* creó á *Sancho*, asignándole la importancia de protagonista."

Para Saldías "en estos dos personajes, Cervantes quiso poner

de relieve las dos tendencias que se disputaban el predominio y el gobierno de la sociedad: la aristocracia conservadora y la democracia pura. *Don Quijote* es el aristócrata fiero de las prerrogativas del linaje y poseído de la idiosincrasia de parecer más arriba que el hombre común. *Sancho* es la entidad anónima que se ha llamado *estado llano*, y personifica el buen sentido popular, la capacidad del pueblo para gobernarse á sí mismo.„

Es imposible seguir paso á paso los argumentos del escritor americano en apoyo de su tesis. Su obra no alcanzó el éxito, ni obtuvo la popularidad que los trabajos de Benjumea, y no ciertamente porque Saldías careciera de dotes literarias, ni de entusiasmo por Cervantes; pero llegaba cuando ya el asunto estaba muy agotado, cuando los más apasionados se hallaban cansados y convencidos, y admirando al nuevo comentador no encontraban razonable el fundamento de sus conjeturas. Además, Benjumea, en sus múltiples y sagaces apreciaciones, y con el propósito de sostener el interés de los lectores, había tocado todas las cuerdas, la política inclusive, y las consideraciones democráticas de Saldías, ya juzgadas, no sorprendieron ni causaron efecto.

Mayor lo produjeron, á pesar de su exageración, y quizás por eso mismo, las opiniones de otro escritor, nacidas también de las doctrinas de Benjumea y que fueron conocidas casi al tiempo mismo que las de Saldías. Me refiero á D. Benigno Pallol, que ocultó su nombre bajo el pseudónimo de *Polinous*, al publicar su libro llamándolo *Interpretación del Quijote* (Madrid, 1893).

Según las extrañas conjeturas de este comentarista, el enemigo á que el Príncipe de nuestros ingenios dirige sus encubiertos tiros, sus embozadas alusiones, son los libros sagrados del Cristianismo. "Cervantes—así dice—consigna esto con su natural discreción.....„ "El corazón del mal—continúa—era para Cervantes la Sagrada Escritura *(donde entró con un tantico de curiosidad)*, porque de ella han nacido los verdaderos libros de caballerías que combate *El Quijote*.....„ "Su obra venía con un nuevo espíritu á la realidad, bien ageno al de los sacerdocios, y no podía decorarse con ideas religiosas ni filosóficas opuestas á la amplia libertad humana. Por tanto, *El Quijote* no ostenta prestigios buscados en los sistemas de Aristóteles y Platón, ni en las predicaciones de los Santos Padres; ni necesita la colaboración espiritual de la aristocracia coronada, ni del talento que sigue su ruta.....„ "En resumen; *El Quijote* es una invectiva contra los libros sagra-

dos y sus derivaciones, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón.„

Ante tales conclusiones no debo insistir, ni tengo para qué consignar otras muchas, extrañísimas y tan infundadas como las transcritas, que por doquier se encuentran en el libro, y solamente servirían para confirmar, con escándalo de los oyentes, los propósitos y tendencias del autor, ya bien manifiestos en lo que se ha copiado, en mi sentir más equivocados que los de Benjumea y Saldías, si caben grados y jerarquías en equivocaciones de este género. Y no parece tampoco oportuno detenerse en demostrar los errores de semejantes inducciones: no sería propio de este lugar irlas refutando minuciosamente, ni tendría objeto la refutación de una por una, porque basta con traerlas á la memoria, fijando sus principales caracteres para que se les de el lugar que les corresponde.

Y no he de pasar adelante sin dejar respondido, antes de que se me formule, un cargo que podría tener visos de justificado, ó que á lo menos quiero prevenir, dando la razón que me impulsa. Copio, quizá con excesiva frecuencia y extensión los textos de los intérpretes y comentaristas cuyas opiniones voy indicando, porque en ninguna forma pueden ser conocidas con más exactitud, y sin temor ni sospecha de que resulten alteradas al exponerlas; y además, porque son tales algunas de ellas, que pudiera creerse exajerada la referencia, ó que no se trasladaban fielmente.

Cuando en las primeras interpretaciones, llamadas filosóficas, se anticipó la idea de que el *Quijote* era y es una novela simbólica, de que tanto en los personajes como en cada una de las aventuras había encerrado Cervantes un doble sentido, tal pensamiento fué acogido con incredulidad y desconfianza; y estas impresiones, lejos de disminuir, aumentaron, á medida que iban apareciendo las explicaciones que á los sucesos de *El Ingenioso Hidalgo* daban sus nuevos y numerosos intérpretes. El público, que durante el espacio larguísimo de tres siglos, ó poco menos, había venido apreciando aquella obra, elogiándola sin reservas y deleitándose en su lectura como de apacible entretenimiento y profunda enseñanza moral y social clarísimamente ex-

puesta por medio de caracteres y escenas llenos de verdad y de vida, no podía admitir fácilmente que cada una de aquellas aventuras ocultase un doble sentido, significara un concepto diferente, político ó filosófico, del que se desprendía de su lectura, á pesar del mucho ingenio de que se hacía alarde al comentar las frases escritas por Cervantes. Y no lo admitió. Los comentarios y las interpretaciones no tuvieron eco entre la gran masa de lectores; no alcanzaron interés sino en el grupo de los cervantistas, y aun así fueron cayendo poco á poco en el olvido.

Consecuencia, aunque no necesaria, de todas las imaginarias teorías que ya van apuntadas, ha sido, sin duda alguna, otra interpretación más general, de mucha más extensión, con mayores pretensiones y que es la última, hasta ahora. Es su autor D. Baldomero Villegas, que presenta al *Quijote* como una fábula amena que cubre un cuerpo de doctrina filosófica, moral y política propuesta por Cervantes para reformar á España; como un libro simbólico en que el autor ofrece los remedios más apropiados para todos los males que ya se comenzaban á sentir en nuestra patria, aunque envolviendo unos y otros en las ficciones que le sugiriera su fantasía privilegiada.

Esta es la tésis fundamental del *Estudio tropológico*, de suyo interesante, pero que ha corrido la misma suerte que cuantos trabajos análogos le precedieron. Aquella incredulidad con que fueron recibidas las primeras interpretaciones simbólicas, ha encontrado en esta ocasión motivo para ir en aumento, y de ahí procede, á mi juicio, la indiferencia con que el público acogiera la del Sr. Villegas y que éste estima mortificante desvío. No lo es, en mi concepto. Cuantos han leído el libro hicieron justicia á las dotes de entendimiento, á los estudios de su autor, si bien creyendo, muchos á lo menos, que carecían de fundamento las interpretaciones; que todo era hijo de su vehemente imaginación llevada por un gran entusiasmo hacia Cervantes.

Pretende el Sr. Villegas demostrar que la creación de Cervantes constituye un simbolismo perpétuo, en el que todo son figuraciones perfectamente adaptables á otro sentido muy distinto del que en *El Ingenioso Hidalgo* directamente representan, y él mismo expone *los términos* en que funda el pretendido *simbolismo*, diciendo entre otros muchos y singulares rasgos:

«DON QUIJOTE.—Es la encarnación del criterio liberal y reformista, en sentido noble, generoso, abnegado, sublime, que ha

existido siempre en todas las sociedades humanas con tendencia á perfeccionarlas; razón por la cual es alguna vez la misma persona de Cervantes.„

“SANCHO PANZA.—Es la parte egoista y vulgar, la parte material de ese criterio encarnado, razón por la cual es alguna vez en este poema, el pueblo.„

“EL CURA y EL BARBERO.—*Pedro Pérez* y *el que sangra* y *hace la barba al pueblo*, son representación del criterio opuesto á Don Quijote; el compadrazgo de los intereses creados en el orden espiritual y en el orden material, de todas las sociedades del mundo, razón por la cual tratándose del momento en que escribía Cervantes, representan la alianza entre el clero del Poder temporal y la monarquía de la Inquisición y de los Jesuitas.„

En una palabra: Dulcinea y Maritornes; las ventas y los molinos; la bacía y el Yelmo de Mambrino; el Gigante Caraculiambro, D. Sancho de Azpeitia, todos y todo lo que aparece en el *Quijote*, tiene extraño significado.

Sería interminable tarea la de enumerar los secretos que encierra *El Ingenioso Hidalgo* para la imaginación del Sr. Villegas, y verdaderamente, leyendo el trabajo que sobre él ha fraguado, aunque no pueda admitirse que se lleve á tal exageración el entusiasmo por la obra de Cervantes para ver lo que éste no dijo ni pensó seguramente, no deja de admirarse el esfuerzo de la fantasía del comentarista.

No es esta una interpretación como la de Benjumea ó Saldías, tomando para comentarlas unas aventuras y dejando otras muchas, sino que más bien y con mayor propiedad podría llamarse pensamientos con motivos del *Quijote*, ó ideas nacidas de la lectura de la obra de Cervantes.

Según puede leerse en el *Estudio tropológico*, se encuentran en el *Quijote* dos obras sobrepuestas: la una llena de interés, de atractivos, de gracia, originalísima, con caracteres tomados del natural y trazados de mano maestra, y aventuras amenas, encanto de los lectores, no solamente en España, sino en el mundo entero; la otra, de filosofía, que ocultó el autor, proponiendo la reforma de la sociedad en todas sus relaciones, lo mismo en la milicia, que en la iglesia, que en la familia, pero habilísimamente disimulada para no levantar persecución contra sus ideas, y que, en efecto, ha permanecido oculta hasta nuestros días, sin ser sospechada por los lectores y sin que se perjudicara por eso la po-

pularidad extraordinaria del libro, si hemos de aceptar la opinión de su novísimo comentador.

Firme éste en su propósito, inquebrantable en las convicciones, y para triunfar de la indiferencia (él la llama indiferencia) de los cervantistas "pues consintiéndola (copio de su último libro) resultaría tan funesta la iniciativa de los prudentes como la rutina de los necios...", "y los pensadores y los literatos siguen admirando al Don Quijote por lo físico, por lo estético... por lo que se ve y se toca de él; por la sencillez y belleza de sus palabras, y por las profundas observaciones y juicios que hace con ellas; pero sin acertar á ver, aun después de habérselo descubierto, lo metafísico, lo ético que hay en él...": por estas y otras razones persistió el Sr. Villegas en el trabajo emprendido, creyendo tal vez que sus interpretaciones adolecían de falta de explicación en el tomo primero de su "Estudio".—Por eso, sin duda, acaba hace poco de completar su obra, publicando la que ha titulado *La Revolución Española;* y aunque ciertamente no ha de haber logrado convencer á muchas personas de que Cervantes pensó lo que su intérprete le atribuye, habrá conseguido que no pocos, encantados de su entusiasmo, admirando su imaginación, y comprendiendo la nobleza de los sentimientos que le animan, deploren que no haya dedicado sus vigilias al estudio directo de las cuestiones sociales, que tan profundamente parece conocer, y no haya expuesto por cuenta propia, en forma de teorías filosóficas, tantas ideas nuevas, que por grande que sea el ingenio con que ahora las presenta, no es posible demostrar que nacen del *Ingenioso Hidalgo*.

De puras imaginaciones se pueden calificar los comentarios de que anteriormente he venido tratando; pero este que nos ha ofrecido mi buen amigo D. Baldomero Villegas, está á mi entender, y siento decirlo, absolutamente separado del texto de Cervantes, aunque el comentador lo estima como lo más claro, lo más natural y lo que mejor hace conocer el verdadero mérito del *Quijote.*

Tal vez por estos juicios severos de los comentarios que buscan en el *Quijote* sentido esotérico, pensarán algunos que en mi opinión no se puede admitir ninguna interpretación, ó por lo menos yo las rechazo en absoluto, y que reduzco la creación ad-

mirable de Cervantes á las modestas proporciones de una novela sin otra transcendencia que el solaz y entretenimiento de las gentes: nada menos exacto. Es para mí el *Quijote* uno de los libros más grandes y más hermosos que se han escrito; está lleno de pensamientos nobles y elevados, de sabias sentencias, y respira en todas sus páginas una moral sana y agradable, que habla á todos los corazones y en eso consiste la universalidad de sus enseñanzas; pero uno de sus mayores méritos, quizá el mejor de sus títulos á la popularidad, es la claridad de su doctrina, facilísimamente percibida por toda clase de lectores. Yo creo, y cada vez me confirmo más en esta idea, que el *Quijote* no necesita interpretaciones; puede tener comentarios, no arbitrariamente y dejando rienda suelta á la imaginación de cada uno, sino en el sentido y de la manera que algunos doctos lo hicieron, y muy particularmente dos de los más ilustres varones de la España contemporánea, cuyas opiniones he de permitirme indicar: "Cervantes era un gran observador y conocedor del corazón humano,—dice D. Juan Valera en su "Discurso sobre el *Quijote* y las diferentes maneras de comentarle y juzgarle."—(Madrid, 1864).—Sin duda cuanto había visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda talla con quienes había tratado, le dieron ocasión y tipos para inventar y formar nuevos personajes tan verdaderos como los del *Quijote;* pero hay una enorme distancia de creer esto á creer que todo es alusión en dicho libro y á devanarse los sesos para averiguar á quién alude Cervantes en cada aventura, y contra quién dispara los dardos de su sátira."

Esta doctrina es, en mi concepto, la única razonada, y se completa con la que sostiene que en cualquiera de las aventuras del *Quijote* se admira y se siente por cima de lo que leemos, un gran solaz en la imaginación y en la inteligencia, un gran consuelo para el corazón, porque, como nos decía D. Alejandro Pidal y Mon en un notable discurso leído ante esta Real Academia: "Hay libros que sin nombrar á la moral se siente uno mejor después de leerlos, y hay libros que hacen pensar sin querer. Al acabar su lectura no puede uno dejar de preguntarse: ¿Qué se deduce de *todo eso?* Y cuando el libro es el *Quijote,* como quien dice la Biblia festiva y profana de la humanidad, la pregunta es inevitable.—Yo no he podido menos de hacérmela alguna vez. A pesar de que me daba la respuesta el corazón emocionado por la lectura; á pe-

sar de que intentaba acallar mi curiosidad, repitiéndome el eterno *"es un libro de imaginación, sólo aspira á divertir, no contiene ninguna enseñanza"*, la savia vigorosa de la concepción literaria recorría todas mis venas, ascendía á mi corazón, invadía y se apoderaba de mi cerebro, y me forzaba á concluir, arrastrándome á la conclusión con las cadenas de la lógica".

En ese libro extraordinario y sin segundo, está la pintura más perfecta que de la humanidad ha podido ser trazada; se ve por doquiera al hombre con todas sus aspiraciones, con sus virtudes y sus vicios, siempre obligado por perentorios afanes, pero deseoso de subir á superior esfera: todo esto y más resulta del conjunto, aunque no parece puesto intencionalmente por el autor en cada aventura, en cada episodio, ni en cada personaje.

El comentario del *Quijote* está en el libro mismo: no hay que buscarlo en las ideas que en él se suponen ocultas. Admiramos el grandísimo talento del autor; nos sorprenden los rasgos de su imaginación portentosa, la magia de su estilo, la originalísima manera de presentar y describir personas, sentimientos, acciones y lugares; pero, al propio tiempo, nos familiarizamos con el carácter peculiar de Cervantes, nos enamoramos, sin percatarnos de ello, de la nobleza de su corazón, y aspiramos á conocer el estado de su ánimo cuando trazó aquellas muy sabrosas páginas de eterna belleza, que dejan entrever inexplicable melancolía á través de las narraciones más regocijadas.

Las vicisitudes de la fortuna patria necesariamente habrían de reflejarse en el alma del escritor, que había unido á ellas su suerte. Nacido en 1547, en los momentos del mayor poderío de España, formó parte del ejército español, bajo las gloriosas banderas de Don Juan de Austria, y concurrió á la batalla de Lepanto, "la más alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros". La gloria fué mucha, pero la Nación no obtuvo los resultados que debieron esperarse..... ¿de quién fué la culpa?..... Cuatros años después, al regresar á la patria, fué cautivado por los atrevidos corsarios de Argel, y las tristes horas del cautiverio le hicieron conocer muchas desventuras que ignoraba: el triunfo de Lepanto no había tenido siquiera el beneficio de hacer desaparecer los piratas del Mediterráneo..... Logra ser rescatado, llega á Cádiz y puede ver la ciudad saqueada por los ingleses, que tranquilamente la habían ocupado..... Estos lamentables sucesos, estas desgracias y otras muchas que se presentan á la memoria, hubie-

ron de derramar en el ánimo de Miguel de Cervantes aquel tinte melancólico de que antes hablaba, que baña las páginas de todos sus escritos, sin que él parezca darse cuenta de ello.

Tal vez en sus meditaciones solitarias, el más grande de los escritores que había soñado con el engrandecimiento de la Patria, con nuevas victorias y glorias imperecederas, viendo sólo reveses, contratiempos y catástrofes, empobrecimiento creciente y males de todo género, llegaba á presentir lo que por entonces hubiera sido difícil afirmar: que la decadencia de la Nación comenzaba en medio de sus triunfos y que el camino tan brillantemente emprendido la llevaría al extremo de su ruina.

Querer compartir los sentimientos de Cervantes, el alcance y profundidad de sus pensamientos; penetrar en ellos es lo que siempre he estimado digno comentario del libro admirable titulado *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, el único que cabe admitir, si seguimos la vía que el inmortal autor dejó trazada.

Hace más de treinta años consignaba yo esta opinión en los siguientes términos:

"Procuremos leer en el *Quijote* el estado del alma de su autor, que era un genio, pero era también un español lleno de amor patrio; procuremos descubrir el estado de la Nación en aquellos tiempos, y lo que acerca de sus triunfos y de sus reveses y calamidades pensaban los hombres de la época. Desde este punto de vista elevado, verdaderamente filosófico, se ensanchan los horizontes de la contemplación y del estudio; partiendo de datos fijos, cuales son, la influencia directa que sobre todos los hombres ejercen los sucesos en que toman parte y la porción de su alma, de sus sentimientos, que en cada obra deja depositados el autor, podemos lanzarnos á consideraciones más profundas."

"Así el *Quijote* es la epopeya de la edad moderna; no libro atildado, pulido y académico, sino libro en que su autor nos dejó pintado al vivo cuanto había visto y observado, con la manera de ser, con las miserias y las grandezas de la España de todo aquel período. El *Quijote* es un traslado con vida, con animación y con gracia y colorido y verdad, de la sociedad española del siglo XVI; por eso encanta á todos los lectores, tanto de España como del extranjero..."

No he encontrado motivo alguno para pensar de otro modo en tan dilatado espacio de tiempo. Antes por el contrario, creo

hoy como entonces que tal vez para cerrar la puerta á los comentarios de imaginaciones extraviadas y á infundadas interpretaciones, hizo Cervantes decir á su héroe: «Ahora digo que no ha sido „sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que „á tiento y sin algún discurso se puso á escribirla, salga lo que „saliere, como hacía Orbaneja el pintor de Ubeda, al cual, pre„guntándole, qué pintaba, respondió, lo que saliere: tal vez pinta„ba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester „que con letra gótica escribiese junto á él, *este es gallo:* y así „debe de ser mi historia, que tendrá necesidad de comento para „entenderla.—Eso no, respondió Sansón, porque es tan clara, „que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, „los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la ce„lebran...»

No trató Cervantes, ni aun remotamente, de encerrar en su novela teoría filosófica ó política, ni tuvo pretensiones de reforma social; y así, después de la declaración terminante puesta en boca de Sansón Carrasco, á los diez años de dada al público la *Primera parte de El Ingenioso Hidalgo*, cuando ya toda España la conocía y la celebraba y citaba sus personajes, escribió en el *Viaje del Parnaso*, al manifestar el carácter de todas sus obras:

«Y he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo.»

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Señores Académicos:

El discurso que acabais de oir, sabroso y maduro fruto de una vida literaria consagrada al culto preferente de una memoria gloriosa, de un autor inmortal, de un libro peregrino, viene á poner el sello á la notable labor que D. José María Asensio y Toledo ha realizado durante medio siglo con general aplauso de los estudiosos, y que después de elevarle á la presidencia de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y abrirle de par en par las puertas de la Academia de la Historia, ha recibido su confirmación postrera con el voto de nuestra Corporación, sólo retardado por la condición de residencia en Madrid, que por fortuna suya, no ha tenido el Sr. Asensio hasta estos últimos años. Ni ha sido obstáculo su feliz alejamiento del tráfago cortesano, para que dignamente fuesen estimados sus méritos por los cultivadores de la erudición española dentro y fuera de nuestra península, y muy especialmente por los que dedican sus vigilias á la interpretación y al comentario de las obras de Cervantes. En esta rama tan capital de estudios, que interesa no sólo á la literatura española, sino á la que Goethe llamó *literatura del mundo* ó universal literatura, ocupa desde antiguo el Sr. Asensio un puesto privilegiado, no por vanas conjeturas y temerarios atrevimientos, sino por el hallazgo de documentos de gran valor y por la aplicación constante de una crítica sensata, mesurada, positiva, que algunos graduarán de tímida, pero que no puede menos de agradar á los que todavía tienen fe en los dictámenes del sentido común, hoy tan vilipendiado. Mal enemigo es éste, y que á la corta ó á la larga suele vengarse terriblemente de los que le ofenden ó menosprecian.

Y para que se vea que no me ciega la pasión en los elogios que voy haciendo del Sr. Asensio, no quiero ocultar, en descargo de mi conciencia, que nunca me convenció, ni mucho ni poco,

su primer descubrimiento cervantino; es decir, el del retrato del manco sano, que, fundado en indicios razonables, pero no seguros, creyó reconocer en una de las figuras de un cuadro de Pacheco, conservado en el Museo provincial de Sevilla. Ingeniosa era la conjetura, y varones muy doctos y graves la apadrinaron. Era por de contado más digno de Cervantes tal retrato que el tradicional del siglo XVIII; pero la plena prueba histórica exige algo más que indicios, y es hoy lo más prudente y seguro continuar afirmando que de los lineamentos de la fisonomía de Miguel de Cervantes no poseemos trasunto alguno digno de crédito, y que sólo á la imaginación cumple llenar este vacío, completando á su guisa los breves y expresivos trazos del prólogo de las *Novelas Ejemplares*. Poco importa, en verdad, cuando el alma de Cervantes vive y late en cada frase de sus obras, tener cabal y adecuada idea de lo que fué su envoltura corpórea (siempre inadecuada para las grandezas de su espíritu); pero todavía los que le consideran como un amigo, los que le han sentado familiarmente á su hogar; los que saben ó sospechan los recónditos lazos que unen lo físico y lo moral, gustarían de contemplar alguna imagen suya con caracteres de autenticidad, y procurarían sorprender en sus ojos y en su frente algunos de los arcanos de su genio. Tal consideración abona cualquier tentativa que se haga para descubrir el verdadero retrato de Cervantes, y si el Sr. Asensio no acertó del todo en su conjetura, tiene á lo menos el mérito de haber abierto de nuevo la discusión del problema, desacreditando para siempre la tiesa é insignificante efigie de la estirada golilla, que venía en quieta y pacífica posesión de ilustrar los frontispicios de todas las ediciones y biografías de Cervantes.

Salva esta leve divergencia de opinión, todo me parece plausible en el volúmen, ya raro de *Documentos inéditos sobre Cervantes*, que en 1864 publicó el Sr. Asensio, y en que por primera vez aparecieron contratos relativos á sus obras dramáticas, y noticias seguras sobre sus estancias en Andalucía, mucho más largas de lo que sus primeros biógrafos habían supuesto. La biografía de Cervantes, levemente esbozada por D. Gregorio Mayáns, con textos de sus propias obras y conjeturas más ó menos atinadas sobre ellos; acaudalada ya con positivos datos por D. Vicente de los Ríos y D. Juan Antonio Pellicer, había llegado á cierto punto de madurez en el sólido y agradable libro de D. Martín Fernández de Navarrete, que nuestra Academia hizo del dominio público

en 1819. Logró aquella obra reputación de clásica, y extractos fueron de ella, más ó menos fieles, más ó menos elegantes, las biografías que durante un tercio del siglo se publicaron, sin exceptuar la de Aribau, ni la segunda de Quintana. La vena de los descubrimientos parecía agotada, y, sin embargo, eran tantos los vacíos que la relación de Navarrete dejaba, que apenas podía decirse que fuesen conocidas más que dos etapas de la vida de Cervantes, el período heróico de su cautiverio en Argel y el tristísimo período de su residencia en Valladolid, sobre el cual Navarrete pasó como sobre ascuas, por mal entendidos escrúpulos, y que Pellicer había estudiado con más detenimiento, sin mengua ninguna del crédito moral del príncipe de nuestros escritores.

Pero á pesar de los felices hallazgos que la investigación de los primeros cervantófilos había logrado en los libros parroquiales de Alcalá, en el Archivo de Indias, en el de Simancas, en el de la Chancillería de Valladolid y en otros depósitos públicos, continuaban siendo un enigma los años de la vida de Cervantes que á la literatura importan más, puesto que en ellos elaboró sus obras maestras, convirtiendo á la actividad estética la energía creadora que hasta entonces había gastado, con más honra que provecho, en los duros trances de la guerra y de la esclavitud, en los empeños, todavía más duros para el alma generosa, de la lucha cuotidiana y estéril con la adversa y apocada fortuna. Sólo la lectura, cada vez más discreta y reflexiva, de los propios volúmenes de Cervantes y de los demás libros de imaginación de su tiempo, pudo conducir á algunos resultados nuevos, gracias á la perspicacia y sagacidad de algunos eruditos, entre los cuales merecen preeminente lugar nuestros inolvidables compañeros don Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Aureliano Fernández-Guerra, (á quienes junto en esta conmemoración póstuma, ya que en vida el cervantismo los separó demasiado) y el laboriosísimo D. Cayetano Alberto de la Barrera, cuyas voluminosas adiciones y rectificaciones á la obra de Navarrete permanecen todavía inéditas en gran parte.

Tenía, pues, el estudio biográfico de Cervantes, á mediados del siglo XIX, base sólida aunque poco amplia, puesto que se fundaba en libros y comentarios de libros más que en documentos de primera mano, siendo muy raro el caso de que se enriqueciese con alguno que Pellicer y Navarrete hubiesen ignorado. Se los glosaba de mil modos, se procuraba extraer su más recón-

dito contenido, se llenaban con ingeniosas ó desvariadas inducciones las grandes lagunas que no podían menos de notarse, y aun solía darse sobrado asenso á tradiciones sin autoridad y sin verdadero arraigo popular, tradiciones *á posteriori*, de las que fabrican los semidoctos y no el vulgo; tradiciones de Alcázar de San Juan, de Consuegra, de Esquivias, de Argamasilla de Alba, que el viento de la crítica va ahuyentando una tras otra, reduciéndose cada vez más el tiempo posible de las correrías de Cervantes por la Mancha.

Era forzoso volver á los archivos si la verdadera historia de Cervantes había de escribirse algún día, y en esta parte no hay duda que el Sr. Asensio abrió el camino y dió el primer ejemplo, exhumando de los protocolos notariales de Sevilla importantísimas escrituras, que abren dignamente lo que podemos llamar el gran cartulario cervantino, cuya prosecución debemos al admirable esfuerzo del docto y laborioso presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor (sin par entre nuestros investigadores de historia literaria, por el número y calidad de sus hallazgos), y del eminente literato andaluz D. Francisco Rodríguez Marín, en quien el agudo ingenio y la castiza erudición viven en el más amigable consorcio.

Numerosas y dignas de estimación son las publicaciones cervantinas del Sr. Asensio, posteriores á los *Nuevos Documentos*. En 1867 sostuvo interesante correspondencia literaria con nuestro compañero D. Aureliano Fernández-Guerra, en la cual éste arruinó para siempre la antigua fábula de la carcel de Argamasilla, y vindicó con buenas razones para la de Sevilla el honor de haber sido cuna de la primera parte del *Quijote*. Asensio, por su parte, dió á conocer entonces alguna poesía inédita de Cervantes y curiosos entremeses de la Biblioteca Colombina, que con excesiva confianza imprimió años después D. Adolfo de Castro, como obras desconocidas del príncipe de nuestros ingenios.

En un grueso volúmen, publicado recientemente en Barcelona (1902) con el título de *Cervantes y sus obras*, aparecen coleccionados, no todos, pero sí los más importantes, entre los numerosos opúsculos cervantinos del Sr. Asensio, que andaban antes dispersos en revistas y en ediciones sueltas. Es libro de varia y amena lección, en que el buen sentido del autor, sin presumir de hondo y sutil zahorí de pensamientos ajenos, triunfa de las paradojas de Benjumea, al mismo tiempo que se explaya en amenas disquisiciones sobre algunos capítulos y pasajes del libro inmortal,

:uriosas monografías sobre algunos persona-
›n la vida de Cervantes como su protector el
sobre sitios y lugares recordados en el *Qui-*
·inoso *Compás de Sevilla.*
Sr. Asensio sea cervantista de profesión, y con
llezca, no ha caído nunca en el desvarío de
telectual á la contemplación y admiración de
índole de la literatura y de la sociedad de su
:l medio seguro é infalible de no entenderle,
) con certera crítica el cuadro de la España
del siglo XVI y principios del XVII, ha dado luz
inexplorados en nuestra poesía lírica y dra-
historia de nuestras artes.
: que ha acompañado al Sr. Asensio en todas
, se mostró con él más propicia que nunca,
proporcionó el peregrino hallazgo del *Libro de descripción de verdaderos retratos* de Francisco Pacheco, por tanto tiempo buscado en balde, citado por tantos y visto por tan pocos, y perdido y recobrado con tan singulares circunstancias que podrían dar asunto á una entretenida novela, si no estuviese bosquejada ya por la elegante pluma del simpático hispanista Mr. A. de Latour en un artículo inolvidable. Dificultades materiales dilataron hasta 1885 la reproducción fotolitográfica de este preciado monumento artístico-literario, en que el suegro de Velázquez perpetuó para la posteridad las efigies de sus contemporáneos más insignes y de sus más familiares amigos, á la vez que en sobrias y discretas noticias biográficas vindicó del olvido los principales rasgos de su carácter y de sus hechos.

Al poner en manos de todos la preciosa joya que la Providencia había puesto en las suyas, por lo mismo que eran tan dignas de poseerlas, entendió el Sr. Asensio que su deber de editor crítico no quedaba cumplido con ofrecer un mero facsímile del manuscrito de Pacheco, sino que le puso como digno comentario un extenso libro suyo sobre la vida y obras del artista sevillano, que es una de las mejores monografías de su género publicadas en España. No sólo contiene numerosos datos que se ocultaron á la diligencia de los anteriores biógrafos Palomino, Ceán Bermúdez y Stirling, sino un completo y razonado catálogo de las obras pictóricas y literarias de Pacheco, y un apéndice de poesías y opúsculos inéditos que dan á conocer nuevos aspectos del autor

del *Tratado de la Pintura*, presentándole ya como controversista teológico, ya como empeñado en las polémicas literarias de su tiempo.

A ejemplo de la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*, que en 1866 había comenzado la serie de sus interesantes volúmenes, rescatando del olvido preciosas joyas de nuestra antigua cultura, fundó el Sr. Asensio en 1869, con otros aficionados sevillanos, entre los cuales merece particular recuerdo el difunto profesor de Derecho Romano D. José María de Alava, la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*, y puede decirse que durante muchos años fué alma de ella, y uno de los primeros despertadores del movimiento bibliográfico que en Sevilla existe y que va encontrando imitadores en otras regiones de la Península. A su celo y diligencia se debieron las impresiones de obras tan peregrinas como el *Cancionero de Sebastián de Horozco;* la controversia entre Hernando de Herrera y el Condestable de Castilla, oculto con el pseudónimo del *Prete Jacopin*, sobre los comentarios del primero á Garcilaso (curiosa muestra del antagonismo entre las escuelas salmantina y sevillana); la rarísima *Comedia Pródiga*, de Luis de Miranda, una de las mejores de nuestra primitiva escena, en concepto del severísimo Moratín; el interesante y ameno tratado de retórica del Licenciado Juan de Robles intitulado *El Culto Sevillano*, y otras varias, ya de historia, ya de amena literatura, inéditas en gran parte y dignísimas todas de ser leídas. En casi todos los tomos, incluso en los que fueron preparados y dirigidos por otros eruditos, intervino para algo la mano ó el consejo del señor Asensio, y su nombre será inseparable del de esta modesta y útil Sociedad que, á pesar de los hados adversos que la tuvieron aletargada por algunos años, vive todavía y ha reanudado con nuevos bríos la cadena de sus publicaciones.

No hay escrito alguno del Sr. Asensio, por breve que sea, que no vaya marcado con el sello de la investigación propia, y no traiga alguna novedad á la historia literaria. Bajo este aspecto se recomiendan sus biografías de D. Juan de Arguijo, rey de los sonetistas castellanos, y del conde de Lemos, mecenas más afortunado que espléndido de Cervantes.

No es fácil enumerar en breve espacio todos los felices hallazgos, todas las útiles disquisiciones del Sr. Asensio. Pero no puedo menos de hacer particular mención de sus trabajos como cultivador de la historia americana. Con dos tomos de *Relaciones*

del Yucatán ha contribuído á la colección de documentos inéditos de Indias, publicada por la Real Academia de la Historia; y á la celebración del centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, contribuyó en 1892 con la más extensa de las biografías de Cristóbal Colón que entonces salieron de nuestras prensas.

Parecerá á algunos que tal obra no era necesaria, y que quizá las especiales dotes de su autor hubiesen campeado más libremente en una serie de disertaciones encaminadas á ilustrar los puntos obscuros de la vida de su héroe. De este modo, el señor Asensio hubiera podido dar á su trabajo un carácter más severo y más del gusto de los especialistas. No le censuremos, sin embargo, por haber preferido una forma de exposición más popular y amena, porque ya se dejaba sentir la falta de un libro que recogiese los frutos de la investigación colombina de estos últimos años, desterrando errores muy vulgarizados y poniendo al alcance de todos las más esenciales rectificaciones. Clásica y magistral es la biografía de Washington Irving, el primero que acertó á sacar el jugo á los documentos publicados por D. Martín Fernández de Navarrete, concordándolos con las historias impresas y manuscritas; y así por la habilidad que mostró en esto, como por la rara belleza de su estilo descriptivo y narrativo, y por lo mucho que amó á España y contribuyó á hacer amables las cosas españolas, le debemos gratitud perenne. Pero su *Life of Columbus* tenía en 1892 cerca de sesenta y cinco años de antigüedad, y hoy los estudios críticos van muy de prisa. La historia científica del descubrimiento había sido renovada por Alejandro Humboldt, que sobre la misma base de los documentos de Navarrete, entró en todas aquellas minuciosas discusiones de geografía física y de astronomía náutica, que el elegante narrador norteamericano había esquivado, ya por falta de competencia, ya en obsequio á la armonía artística de su obra. Lo de menos en el memorable *Examen de la historia de la geografía del Nuevo Continente,* que por desgracia quedó incompleto, es la erudición inmensa y segura. Gracias al talento sintético de Humboldt, mil detalles de la historia de las ciencias, que aislados significarían poco, pierden el carácter de circunstancias accidentales, y ordenándose en agrupación inmensa, conducen á probar la necesidad histórica del descubrimiento en el punto y hora en que se hizo, mediante aquella labor incesante y oculta que va conservando y cultivando desde la antigüedad cierto número de nociones más ó

menos confusas, hasta que de todas ellas resulta un como impulso irresistible que se transforma en acción. Algo puede padecer con esto la gloria personal de Colón á los ojos de los que le tienen, no ya por grande hombre, sino por un ser sobrehumano, pero la ley de solidaridad histórica suele acomodarse mal con estas fantasías, y para nosotros es más grande y consolador el aprender que el espíritu humano nada pierde ni olvida en su largo y obscuro viaje á través de los tiempos, y que no hay en la ciencia trabajo baldío ni esfuerzo estéril.

No era cosa fácil igualar á Humboldt en ciencia positiva y en aquella especie de mirada de águila con que abarca los grandes aspectos de la naturaleza física, no menos que la continuidad de los esfuerzos con que el entendimiento humano ha llegado á la formación del sistema del mundo y á la interpretación de las leyes cósmicas. Ni era tampoco muy llano y hacedero emular la brillantez pintoresca y el interés dramático que en su narración puso Irving. Aun el campo de los documentos estaba tan espigado por Navarrete, que apenas había esperanza de algún hallazgo que cambiase mucho la historia comúnmente recibida. Así es, que la bibliografía colombina no produjo durante muchos años obra alguna de substancia, sino compendios y resúmenes, cuando no extravagancias apologéticas como las del conde Roselly de Lorgues, que llamaba á Colón *el Embajador de Dios* y *el Evangelista del Océano*.

El nuevo período crítico en estos estudios está principalmente representado por las numerosas publicaciones del abogado norteamericano Enrique Harrisse, cuyos trabajos sobre la primitiva bibliografía de Indias, que ha convertido, puede decirse, en dominio suyo, merecen alta alabanza. El resto de sus escritos pertenece á la clase de monografías y disquisiciones históricas, y en esto su autoridad entre los americanistas es grande también, aunque no tan libre de toda controversia. Pero si prescindimos de la acritud y virulencia que ha solido mostrar en sus polémicas, especialmente en las de los últimos tiempos, hay que confesar que no sólo es el escritor de nuestros días que más se ha ocupado en el estudio de todas las cuestiones relativas á Cristóbal Colón y á su familia, sino el que las ha ilustrado con mayor número de datos nuevos, sobre todo en la extensa obra que en lengua francesa publicó en 1884, con documentos inéditos sacados de los archivos de Génova, de Saona, de Sevilla y de Madrid.

Tanto el monumento levantado por Harrisse á la gloria de Colón, como otras interesantes publicaciones, entre las cuales es imposible omitir el extracto del ruidosísimo pleito entre el Fiscal del Rey y los herederos del Almirante, que hizo del público dominio el benemérito académico de la Historia D. Cesáreo Fernández Duro, hacían patente la necesidad de que se escribiera una nueva biografía popular de Colón, y que en ella entendiese un erudito de profesión, dotado además de las suficientes condiciones de estilo para hacerse leer. De este modo resultó un libro sólido á la vez que agradable como fundado en los documentos originales, y escrito con noble entusiasmo y con viveza de imaginación histórica.

Tal es, tan varia y rica la labor literaria del Sr. Asensio, y á su enumeración debiera limitarse este discurso, si la práctica de estas solemnidades no me obligase á añadir dos palabras, no en són de corroborar ni menos de rectificar la doctrina del señor Asensio, con la cual estoy de todo punto conforme, ni tampoco de discutir ninguna de las interpretaciones simbólicas que hasta ahora se han propuesto del *Quijote*. Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres, y es inevitable que á unos parezca bacía lo que á otros yelmo de Mambrino. Entre estas interpretaciones las hay que prueban ingenio y sagacidad en sus autores, y todas, aun las que parecen más descarriadas, son tributos y homenajes á la gloria de Cervantes. Cada cual tiene derecho de admirar el *Quijote* á su manera, y de razonar los fundamentos de su admiración, por muy lejanos que estos parezcan del común sentir de la crítica y aun de la letra de la obra. Precisamente porque el *Quijote* es obra de genio, y porque toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice, son posibles esas interpretaciones que á nadie se le ocurre aplicar á las obras del talento reflexivo y de la medianía laboriosa. Todo el mundo presiente, aunque de un modo confuso, que en la obra genial queda siempre una región incógnita, que acaso lo fué para su autor mismo; y procura, con esfuerzos bien ó mal encaminados, penetrar en ella y adivinar alguno de los misterios de la concepción artística. Y si por falta de sentimiento estético, ó de la debida preparación histórica, ó por influjo de ideas y pasiones extrañas á la contemplación desinteresada de la belleza, se juzga mal y torcidamente de la obra de arte, aun este mismo juicio erróneo ó incompleto será un tributo á la gloria del artista creador que acierta á intere-

sar y apasionar con su libro aun á los espíritus más alejados de la pura fruición de lo bello. Quien no tenga por suficiente gloria para Cervantes la de ser el primer novelista del mundo, un gran poeta en prosa, un admirable creador de representaciones ideales y de formas vivas, el más profundamente benévolo y humano de todos los escritores satíricos, estímele en buen hora como médico ó como jurisconsulto ó como político, y deduzca de sus obras todas las filosofías imaginables: que cada cual es dueño de leer y entender el *Quijote* á su modo, y no han de ser los verdaderos apasionados de Cervantes los que miren con ceño tan extraño como inofensivo culto, aunque se guarden con prudencia de iniciarse en sus ritos. Ningún esfuerzo intelectual es completamente estéril: el ingenio y la agudeza, hasta cuando son mal empleados, suelen conducir á algún resultado provechoso, y ¿quién sabe si el cervantismo simbólico será una especie de alquimia que prepare y anuncie el advenimiento de la verdadera química, es decir, de la era científica y positiva en el conocimiento é interpretación de la obra de Cervantes? ¿No es ya una ventaja y un progreso el que se la juzgue con criterios más elevados que los de la antigua preceptiva, y que no se vea únicamente en ella un texto gramatical y un almacén de figuras retóricas? ¿Y no lo es también el que sean ya muy pocos los que rebusquen alusiones á tal ó cual personaje contemporáneo de Cervantes, á tal ó cual suceso de poca monta, como si tales alusiones, verdaderas ó soñadas, importasen mucho en el *Quijote*, que es tan vasto y complejo como la vida humana, y que habla á la humanidad de todos los tiempos, no por alegorías y enigmas, sino con la voz llana y persuasiva de la sabiduría práctica encarnada en tipos inmortales?

Tienen razón los que afirman que no hay sentido oculto en el *Quijote*, que todo es diáfano en el pensamiento y en el estilo de la sabrosa fábula, tejida por la mano de las Gracias, y cuyo peculiar encanto nadie ha definido mejor que su autor mismo:

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo.

¿Pero, por ventura, con reconocer y afirmar la belleza formal é intrínseca del *Quijote* y el inefable y sano deleite que su lectura produce en todos los paladares no estragados, se pretende rebajarle á la categoría de las obras frívolas y de mero pasatiempo?

Muy al contrario, señores. La belleza es propiedad trascendental, que por su propia virtud y eficacia, y no por ningún género de especulación agena ó sobrepuesta á ella, irradia en todo el cuerpo de la obra y le baña en celestiales resplandores. Su luz disipa las tinieblas de la mente, no por ningún procedimiento discursivo, sino por un acto de intuición soberana, por el acto mismo de la evocación de la forma, que lleva en sus entrañas todo un mundo ideal. Cuando el genio llega á tal cumbre, adivina, columbra y trasciende lo que metódicamente no sabe ni podría demostrar, y parece maestro de todas las ciencias, sin haber cursado ninguna. Y es que el poeta cuenta entonces con la anónima colaboración de un *demonio* socrático ó platónico, cuyo poder es misterioso y tremendo.

Quiero decir (dejando aparte mitos y expresiones figuradas) que no implica contradición que siendo el *Quijote* obra de arte puro, y precisamente por serlo en grado supremo, contenga, no veladas, ni en cifra, ni puestas allí á modo de acertijo, sino espontáneamente nacidas por el proceso orgánico de la fábula, é inseparables de ella en la mente de quien la concibió, altísimas enseñanzas y moralidades, las cuales traspasan con mucho el ámbito de la crítica literaria, que Cervantes, con la candidez propia del genio, mostraba tener por principal blanco de sus intentos.

Muchas veces se ha dicho, y nunca es supérfluo repetirlo, que si el *Quijote* no hubiera servido más que para «deshacer la autoridad y cabida que en el mundo tienen los libros de caballerías», hubiera padecido la suerte común de todas las sátiras y parodias literarias, aunque sean Boileau, Isla ó Moratín quienes las escriban. Continuaría siendo estimada por los doctos, pero no formaría parte del patrimonio intelectual del género humano, en todo país, en todo tiempo. La mayor parte de los que se solazan con las apacibles páginas del *Quijote* no han visto un libro de caballerías en su vida, y sólo por el *Quijote* saben que los hubo. La crítica de una forma literaria no tiene interés más que para los literatos de oficio. El triunfo mismo de Cervantes, enterrando un género casi muerto, puesto que á principios del siglo XVII los libros de caballerías andaban muy de capa caída y apenas se componía ninguno nuevo, hubiera debido ser funesto para su obra, privándola de intención y sentido. Y, sin embargo, aconteció todo lo contrario. El *Quijote* empezó á entenderse cuando de los libros caballerescos no quedaba rastro. La misma facilidad con que des-

apareció tan enorme balumba de fábulas, el profundo olvido que cayó sobre ellas, indican que no eran verdaderamente populares, que no habían penetrado en la conciencia de nuestro vulgo, aunque por algún tiempo hubiesen deslumbrado su imaginación con brillantes fantasmagorías.

Pero en el fondo de esos libros quedaba una esencia poética indestructible, que impregnó el delicado espíritu de Miguel de Cervantes, como perfuma el sándalo al hacha misma que le hiere. La obra de Cervantes no fué de antítesis, ni de seca y prosáica negación, sino de purificación y complemento. No vino á matar un ideal, sino á transfigurarle y enaltecerle. Cuanto había de poético, noble y humano en la caballería, se incorporó en la obra nueva con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco, sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento. Fué, de este modo, el *Quijote* el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, á la vez que elevando los casos de la vida familiar á la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna.

No hay para qué entrar en inútiles disquisiciones sobre el origen de la literatura caballeresca. No procede de Oriente ni del mundo clásico, por más que puedan señalarse elementos comunes, y hasta creaciones similares. Nació de las entrañas de la Edad Media, y no fué más que una prolongación ó derivación de aquella poesía épica que tuvo su foco principal en la Francia del Norte, y de ella irradió no sólo al Centro y al Mediodía de Europa, sino á sus confines septentrionales. Esta poesía, aunque francesa por la lengua (muy lejana, sin embargo, del francés clásico y moderno), era por sus orígenes germánica unas veces y otras céltica, y más que la poesía particular de una nación cuya unidad no estaba hecha, fué la poesía general del Occidente cristiano durante los siglos XII y XIII. Independientes de ella, pero recibiendo su influjo, florecieron otras epopeyas como la de Alemania y la de Castilla; se vigorizaron en todas partes las tradiciones heróicas; se despertó el genio poético de algunas razas que parecían próximas á desaparecer de la Historia; germinaron en confuso tropel los símbolos de olvidadas mitologías, convertidos en personajes y acciones humanas; la fecunda dispersión del mundo feudal se

tradujo en el enmarañado cruzamiento de ciclos y subciclos, pero en medio de tal anarquía, un ideal común de vida guerrera y social brilló entre las tinieblas de la Edad Media. Esta gran poesía narrativa tuvo por primer instrumento la forma métrica, asonantada al principio y rimada después; pero en los tiempos de su decadencia, desde la segunda mitad del siglo XIII, y mucho más en el XIV y en el XV, cuando el instinto creador había huído de los juglares; cuando la amplificación verbosa y la mala retórica habían suplantado á la poesía; cuando las narraciones no se componían ya para ser cantadas, sino para ser leídas; cuando se había agrandado en demasía el público sin mejorarse la calidad de él; cuando la antigua aristocracia militar, avezada ya á los refinamientos cortesanos y á los artificios del lirismo trovadoresco y de las escuelas alegóricas, volvía desdeñosamente la espalda á las gestas nacionales, y comenzaba la burguesía á apoderarse de los antiguos relatos imprimiéndoles un sello vulgar y pedestre; la Musa de la Epopeya se vió forzada á descender de su trono, calzó el humilde zueco de la prosa, y entonces nacieron los libros de caballerías propiamente dichos. No hay ninguno entre los más antiguos, ni del ciclo carolingio, ni del ciclo bretón, ni de los secundarios, ni de las novelas aisladas, ni de los que toman asuntos de la antigüedad ó desarrollan temas orientales y bizantinos, que no sea transformación de algún poema existente ó perdido, pero cuya existencia consta de una manera irrecusable.

Reintegrar el elemento épico que en las novelas caballerescas yacía soterrado bajo la espesa capa de la amplificación bárbara y desaliñada, era empresa digna del genio de Cervantes, que como la lanza del héroe mitológico, curaba las mismas heridas que hacía. ¡Con qué amor y respeto habló siempre de los héroes de nuestras gestas nacionales! ¡Con cuánto hechizo se entretejen en su prosa las reminiscencias de los romances viejos, á los cuales dió una nueva especie de inmortalidad, puesto que ningunos son para nosotros tan familiares y presentes como los que él cita! ¡Con qué tacto tan seguro apreció el carácter hondamente histórico de nuestra poesía tradicional, cuando expresaba entre burlas y veras que «los romances son demasiado viejos para decir mentiras»! El realismo varonil y honrado de Cervantes no podía menos de complacerse en aquellos cantares de tan verídico y sencillo contexto, en que era tan llana y sincera la representación de la vida. El ciclo Carolingio, tan enlazado con los nues-

tros, y que tanto llegó á popularizarse en España, le mereció también particular estudio y afecto; y en la asombrosa concepción de la cueva de Montesinos, donde la fuerza cómica no daña á la eficacia de la ilusión fantástica, sino que, al contrario, la refuerza: en aquella visión, digo, donde el rey del arte naturalista se mostró igual á los mayores poetas puros que en el mundo han sido, reunió en un grupo triunfante á los héroes francos, hispanizándolos de nuevo con el prestigio de una geografía tradicional y poética, capaz de infundir hermosura y vida ideal al más árido paisaje.

No se escribió el *Quijote* contra el puro ideal caballeresco, que por el contrario exalta y magnifica siempre, pero es cierto que los extravíos éticos y estéticos del pseudo-idealismo, tienen en la gran novela el enérgico y punzante correctivo de la parodia. Nuestros libros de caballerías eran, casi todos, imitaciones más ó menos degeneradas de los poemas del ciclo bretón, aunque esta imitación fuese indirecta y remota en la mayor parte de los casos, puesto que los nuevos autores se limitaban á copiarse los unos á los otros. Y ese ciclo era un arbol de tentador y peligroso fruto, cuya influencia tóxica no se ha extinguido aún. Aquella nueva y misteriosa literatura que de tan extraña manera había venido á renovar la imaginación occidental, revelándola el mundo de la pasión fatal ilícita ó quimérica, el mundo arrullador y enervante de las alucinaciones psicológicas y del sensualismo musical y etéreo, de la vaga contemplación y del deseo insaciable: el mundo de los mágicos filtros que adormecen la conciencia y sumergen el espíritu en una atmósfera perturbadora: no tenía sus raíces ni en el mundo clásico, aunque á veces presente extraña analogía con algunos de sus mitos, ni en el mundo germánico que engendró la epopeya heróica de las gestas carolingias. Otra raza fué la que puso el primer germen de esta poesía fantástica, agena en sus orígenes al Cristianismo, agena á las tradiciones de la Edad Media, poesía de una raza antiquísima y algún tiempo dominante en gran parte de Europa; la raza céltica, en suma, á quien una fatalidad histórica condenó á ser eternamente vencida, y á mezclarse con sus vencedores, siendo muy pocos los puntos en que conservó su nativa pureza, su lengua y el confuso tesoro de las leyendas y supersticiones de su infancia. Sólo el alma gaélica é irlandesa parece haber poseído en el crepúsculo de las nacionalidades modernas el secreto de esta pasión intensa y desgarrado-

ra. Sea ó no Tristan un dios solar; sean ó no los dos Iseos representación simbólica del día y de la noche, ó del verano y el invierno (según la cómoda y pueril teoría que por tanto tiempo sedujo y extravió á los cultivadores de la mitología comparada), lo que importa es la parte humana de la leyenda: el amor y las desdichas del héroe, el filtro mágico que bebió juntamente con la rubia Iseo y que determinó la perpétua é irresistible pasión de ambos, mezcla de suprema voluptuosidad y de tormento infinito; la vida solitaria que llevan en el bosque; la herida envenenada que sola Iseo podría curar; la apoteosis final del amor triunfante sobre los cuerpos exánimes de los dos amantes enlazados en el postrer abrazo, y no separados ni aun por la muerte, puesto que se abrazan también las plantas que crecen sobre sus sepulturas.

Además de esta febril poesía del delirio amoroso, trajeron á la literatura moderna los cuentos de la *materia de Bretaña*, un nuevo ideal de vida que se expresa bien con el dictado de *Caballería andante*. Los motivos que impulsaban á los héroes de la epopeya germánica, francesa ó castellana, eran motivos racionales y sólidos, dadas las ideas, costumbres y creencias de su tiempo: eran perfectamente lógicos y humanos dentro del estado social de las edades heróicas. Los motivos que guían á los caballeros de la Tabla Redonda son, por lo general, arbitrarios y fútiles; su actividad se ejercita ó más bien se consume y disipa entre las quimeras de un sueño: el instinto de la vida aventurera, de la aventura por sí misma, les atrae con irresistible señuelo: se baten por el placer de batirse: cruzan tierras y mares, descabezan monstruos y endriagos, libertan princesas cautivas, dan y quitan coronas, por el placer de la acción misma, por darse el espectáculo de su propia pujanza y altivez. Ningún propósito serio de patria ó religión les guía; la misma demanda del Santo Graal dista mucho de tener en los poemas bretones el profundo sentido místico que adquirió en Wolfam de Eschembach. La acción de los héroes de la Tabla Redonda es individualista, egoista, anárquica. El mundo caballeresco y galante que en estas obras se describe, no es, ciertamente, el de las rudas y bárbaras tribus célticas á quienes se debió el gérmen de esta poesía; pero corresponde al ideal del siglo XII, en que se escribieron los poemas franceses, y al del XIII, en que se tradujeron en prosa; mundo creado en gran parte por los troveros del Norte de Francia, no sin influjo de las cortes poéticas del Mediodía, donde floreció antes que en ningu-

na parte la casuística amatoria y extendió su vicioso follaje la planta de la galantería adulterina. Lo accesorio, lo decorativo, el refinamiento de las buenas maneras, las descripciones de palacios, jardines y pasos de armas, la representación de la Corte del Rey Artús, donde toda elegancia y bizarría tuvo su asiento, es lo que pusieron de su cuenta los imitadores, y lo que por ellos transcendió á la vida de las clases altas, puliéndola, atildándola y afeminándola del modo que la vemos en el siglo xv. Los nuevos héroes diferían tanto de los héroes épicos como en la historia difieren el Cid y Suero de Quiñones. Y aún vinieron á resultar más desatinados en la vida que en los libros, porque los paladines de la postrera Edad Media no tenían ni la exaltación imaginativa y nebulosa, ni la pasión indómita y fatal, ni el misterioso destino que las leyendas bretonas prestaban á los suyos, y de que nunca, aún en las versiones más degeneradas, dejan de encontrarse vestigios.

Contra este género de caballería amanerada y frívola, sin jugo moral ni sensatez, lidió Cervantes con todas las armas de su piadosa ironía, mezclada de indulgencia y amor, y por lo mismo irresistible. Ese falso y liviano concepto de la mujer erigida en ídolo deleznable de un culto sacrílego é imposible, es el que inmoló para siempre, ya con blando idealismo en Dulcinea, ya con grotesco realismo en Maritornes; al paso que en su rica galería de figuras femeninas, en Dorotea, en Zoraida, en doña Clara la hija del Oidor, mostró cuánto de gracia, de pasión y de ternura, cabe en el alma de la mujer dentro de las condiciones racionales de la existencia. Esa actividad desenfrenada, sin límite y sin objeto, divorciada de toda disciplina social y de todo fin grave, es la que encarnó en la figura de un sublime loco, que lo es solamente por contagio de la locura de sus libros y por el perpétuo sofisma que lleva á los espíritus imaginativos á confundir el sueño del arte con el de la vida. En todo lo demás, D. Quijote no causa lástima, sino veneración: la sabiduría fluye en sus palabras de oro: se le contempla á un tiempo con respeto y con risa, como héroe verdadero y como parodia del heroismo; y según la feliz expresión del poeta inglés Wordsworth, la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura. Su mente es un mundo ideal donde se reflejan, engrandecidas, las más luminosas quimeras del ciclo poético, que al ponerse en violento contacto con el mundo histórico, pierden lo que tenían de falso y peligroso,

y se resuelven en la superior categoría del humorismo sin hiel, merced á la influencia benéfica y purificadora de la risa. Así como la crítica de los libros de caballerías fué ocasión ó motivo, de ningún modo causa formal ni eficiente para la creación de la fábula del *Quijote*, así el protagonista mismo comenzó por ser una parodia benévola de Amadís de Gaula, pero muy pronto se alzó sobre tal representación. El autor del *Amadís*, digno de ser cuidadosamente separado de la turba de sus satélites, hizo algo más que un libro de caballerías á imitación de los del ciclo bretón: escribió la primera novela idealista moderna, el doctrinal del perfecto caballero, la epopeya de la fidelidad amorosa, el código del honor y de la cortesía, que disciplinó á muchas generaciones. Ningún héroe novelesco se había impuesto á la admiración de las gentes con tanta brillantez y pujanza como el suyo, antes de la aparición de D. Quijote.

En D. Quijote revive Amadís, pero destruyéndose á sí mismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno. Queda incólume la alta idea que pone el brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia, pero desaparece su envoltura transitoria, desgarrada en mil pedazos por el áspero contacto de la realidad, siempre imperfecta, limitada siempre; pero menos imperfecta, menos limitada, menos ruda en el Renacimiento que en la Edad Media. Nacido en una época crítica, entre un mundo que se derrumba y otro que con desordenados movimientos comienza á dar señales de vida, D. Quijote oscila entre la razón y la locura, por un perpétuo tránsito de lo ideal á lo real, pero si bien se mira, su locura es una mera alucinación respecto del mundo exterior, una falsa combinación é interpretación de datos verdaderos. En el fondo de su mente inmaculada continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor, las *puras, inmóviles* y *bienaventuradas ideas* de que hablaba Platón.

No fué de los menores aciertos de Cervantes haber dejado indecisas las fronteras entre la razón y la locura, y dar las mayores lecciones de sabiduría por boca de un alucinado. No entendía con esto burlarse de la inteligencia humana, ni menos escarnecer el heroismo, que en el *Quijote* nunca resulta ridículo sino por la manera inadecuada y anacrónica con que el protagonista quiere realizar su ideal, bueno en sí, óptimo y saludable. Lo que desquicia á D. Quijote no es el idealismo, sino el individualismo anárquico. Un falso concepto de la actividad es lo que le pertur-

ba y enloquece, lo que le pone en lucha temeraria con el mundo y hace estéril toda su virtud y su esfuerzo. En el conflicto de la libertad con la necesidad, D. Quijote sucumbe por falta de adaptación al medio, pero su derrota no es más que aparente, porque su aspiración generosa permanece íntegra, y se verá cumplida en un mundo mejor, como lo anuncia su muerte tan cuerda y tan cristiana.

Si este es un símbolo, y en cierto modo no puede negarse que para nosotros lo sea y que en él estribe una gran parte del interés humano y profundo del *Quijote*, para su autor no fué tal símbolo, sino criatura viva, llena de belleza espiritual, hijo predilecto de su fantasía romántica y poética, que se complace en él y le adorna con las más excelsas cualidades del ser humano. Cervantes no compuso ó elaboró á D. Quijote por el procedimiento frío y mecánico de la alegoría, sino qne le *vió* con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído y hechizado por él, y llegó al símbolo sin buscarle, agotando el riquísimo contenido psicológico que en su héroe había. Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura. De este modo una risueña y amena fábula que había comenzado por ser parodia literaria, y no de todo el género caballeresco sino de una particular forma de él, y que luego por necesidad lógica fué sátira del ideal histórico que en esos libros se manifestaba, prosiguió desarrollándose en una serie de antítesis, tan bellas como inesperadas, y no sólo llegó á ser la representación total y armónica de la vida nacional en su momento de mayor apogeo é inminente decadencia, sino la epopeya cómica del género humano, el breviario eterno de la risa y de la sensatez.

Un autor alemán de rarísimo estilo, pero á veces de altos pensamientos, J. L. Klein, historiador diligente de la escena española, expresa este concepto con felices imágenes, que quiero poner por término de este prolijo y deshilvanado discurso: "En el *Quijote* (dice), la tierra misma, con su diaria historia y con la sociedad que en ella se agita, se va transformando en una esfera de luz, á medida que la magnánima locura del héroe esparce rayos de elevada sabiduría y divina iluminación, así como las cimas de los montes, al salir y al ponerse el sol, descuellan tan maravillosamente luminosas sobre sus obscuras faldas. De aquí multicolores interpretaciones, según el punto de vista individual de cada uno. Los que embadurnan el *Quijote* como caja de momia egipcia, con

signos y jeroglíficos, olvidan que un genio como Cervantes no bosqueja los rasgos observados en la vida y en la historia humana, á la manera de un retratista ó de un caricaturista, sino que, al contrario, tal genio convierte las caricaturas del día en eternos é ideales tipos, elevándolas y trasfigurándolas en figuras colectivas de clases sociales enteras, sin que, á pesar de todo su simbolismo, dejen de ser figuras individuales de la vida real. No sacó Cervantes de una preconcebida idea general las figuras de Don Quijote y Sancho para ilustrar la abstracta antítesis entre la naturaleza poética y la prosáica, entre la fantasía heróica y el grosero y material sentido utilitario. El verdadero poeta pinta el fondo y cada una de sus partes de una sola pincelada; como Dios Creador no concibe primero la idea del mundo en su espíritu y después le da forma, sino que idea y forma, las funde y desarrolla en uno; ó como el *Okeanos* de Homero hace manar de una estrecha urna los mares que, además de su propia inmensidad, abarcan todos los ríos y reflejan cielo y tierra.»

HE DICHO.
